

COMO SUS GESTOS REVELAN EL CARACTER DE LAS PERSONAS



Fig. 1

Además de la cara, el hombre tiene otra fisonomía, no sólo más expresiva y significativa que el rostro, sino también más sincera. Esta segunda fisonomía la constituyen las manos.

Suele creerse que el alma humana se refleja en el rostro; pero ¡cuántos engaños se llevará el que crea en todas las sonrisas, en todos los gestos, en todas las miradas amistosas de la cara! Por fortuna, la otra fisonomía, la mano, no ha podido todavía corromperse ni acostumbrarse al engaño.

Aunque los movimientos de la mano sean infinitos, sus gestos son en número relativamente corto, comunes á todas las gentes, y responden á un lenguaje evidentemente instintivo é igual para todos los pueblos.

Para bendecir, la mano se extiende, como para proteger, con la palma hacia abajo, sobre la cabeza de la persona ama-



Fig. 2

da; vuélvese en cambio hacia arriba mostrando su concavidad para pedir ó implorar (figura 4). En la blasfemia, se cierra con el pulgar metido entre los dedos y amenaza á Dios (figura 1), ciérrase nerviosamente en la impaciencia, y tiembla cuando el espanto, la ira ó el deseo ahogan las palabras en la garganta. El índice levantado sobre los labios, impone silencio; el mismo dedo extendido amenazadoramente hacia adelante, sirve para indicar á alguien que debe tomar la puerta inmediatamente (figura 2). La mano soba la oreja durante el mal humor, se cierra en los momentos de despecho y rasca el cogote en las dudas y dificultades (figura 3). Cuando las palabras de cualquiera nos dejan mudos y confusos, á falta de palabras, y según los casos, con las manos ajustamos los lentes sobre la nariz, deshojamos una flor ó hacemos cualquier acción mecánica semejante.

La mano se extiende horizontalmente,



Fig. 3

á la altura de los ojos del adversario, para amenazar; y cuando falta la memoria, corre veloz á golpearse la frente, gesto que no es sino una llamada instintiva á la memoria y una protesta contra su pereza. Cuando, siendo el silencio obligatorio, queremos contar cualquier novedad á alguno de los presentes, los dedos se agrupan con las uñas hacia abajo y la mano oscila en un movimiento de llamada. Si queremos expresar el concepto de la perfección, á la vez que hablamos unidos la punta del pulgar con la punta del índice, y en esta forma acercamos la mano al rostro de nuestro interlocutor.

Pero aún hay más: las manos se retuercen para expresar el dolor, se frotan



Fig. 4

mutuamente con la alegría, se levantan en la plegaria y caen á plomo cuando se pierde la última esperanza.

Como regla general, la mano se cierra y los dedos se acercan al puño siempre que se necesita concentrar la energía, y por el contrario, la mano se abre siempre que expresa el abandono, el gozo, la confianza. El deseo obliga casi siempre á abrir y encorvar los dedos; es el gesto propio de la mano del avaro que extiende sus garras huesosas sobre sus montones de oro. Es indiscutible que la mano dice muchas más cosas y expresa muchos más conceptos que podría decir y expresar la cara si no contase con el auxilio de la palabra. Para saber si un hombre es honrado ó pillo, expansivo ó calculador, generoso ó egoísta, basta fijarse en cómo pone las manos en ciertas circunstancias de la vida. Todo el que



Fig. 5

tiene el propósito de engañar esconde instintivamente la mano. El hombre legal jura extendiendo el brazo, orgulloso de sí mismo, presentando valerosamente la diestra con la palma hacia abajo; es como si dijera: "Bajo palabra de honor, esa es la verdad". El embustero dirá lo mismo, pero lo dirá poniéndose la mano sobre el pecho ó sobre la boca del estómago.

Una parte importantísima de la mímica de las manos corresponde al pulgar. Los niños recién nacidos lo tienen siempre escondidos, y cuando una persona enferma repliega los dedos sobre el pulgar, puede considerarse perdida toda esperanza (figura 5). Podemos, pues, considerar los pulgares como el emblema del espíritu, de la inteligencia y de la vida.